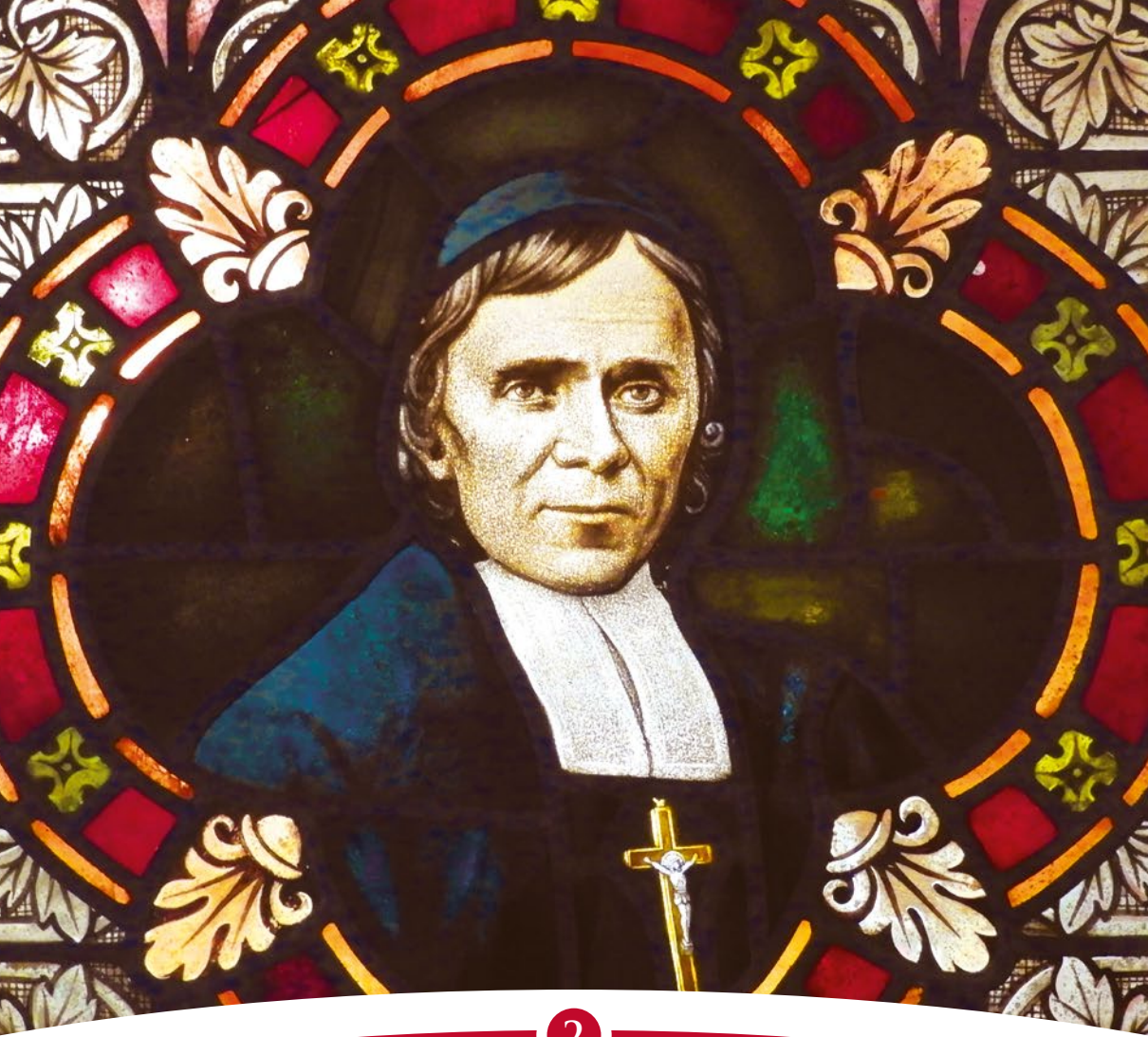




2

EL VENERABLE HERMANO POLICARPO,

TERCER SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN
DE LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN





HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CUADERNOS DE PREPARACIÓN
PARA EL BICENTENARIO 1821-2021

PRIMERA ETAPA:
MIRAR AL PASADO CON GRATITUD

CUADERNO 2:
EL VENERABLE HERMANO POLICARPO,
TERCER SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN
DE LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

HNO. JESÚS ORTIGOSA

30 DE ABRIL DE 2019

*Foto de tapa:
Vitrail del Hno. Policarpo
en Rentería (España)*

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito sobre la vida y la obra del Hermano Policarpo. En las páginas que siguen, trataré de reavivar su figura basándome en documentos fiables. Me gustaría sobre todo dejarle hablar, citar sus propias palabras. Así se dará a conocer a sí mismo “al revelar la sabiduría de sus puntos de vista, la nobleza y la generosidad de sus sentimientos, las luces con las que el Cielo le había favorecido” (Positio, p. 249). Citaré también algunos testimonios históricos. Así podremos conocer y apreciar sus enseñanzas y sus buenos consejos.

La mayoría de las citas de este escrito están tomadas de la Positio sobre la introducción de la causa de beatificación y de canonización del Hermano Policarpo Gondre. La Positio es el libro de la vida y de los escritos del Hermano Policarpo presentado a la Sagrada Congregación de Ritos del Vaticano en 1968 con vistas a su beatificación. La biografía del Hermano Policarpo de 1893, preparada por los Hermanos Eugenio y Daniel, que habían vivido con él durante varios años en Paradis, será el documento más utilizado, pero lo citaré siguiendo los extractos que tenemos en la Positio.

Algunas citas largas están compuestas de distintos párrafos que en el texto original van separados; los he juntado por razones prácticas que favorecerán los objetivos de este trabajo.

Para realizar el proyecto, tendré que limitarme a un cierto número de páginas. Trataré de desarrollar el tema en cuatro capítulos:

- 1 Vida del Venerable Hermano Policarpo.
- 2 El Hermano Policarpo y su fidelidad al carisma de fundación de Andrés Coindre.
- 3 El Hermano Policarpo y el educador.
- 4 La unión y el amor fraternos en el Hermano Policarpo.

1

VIDA DEL VENERABLE HERMANO POLICARPO

NACIMIENTO, INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE JUAN HIPÓLITO GONDRE

Juan Hipólito Gondre nació el 21 de agosto de 1801 en La Motte-en-Champsaur (Altos Alpes), diócesis de Gap, en Francia. Fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Sus padres, Juan José Gondre y Victoria Gonsalin eran modestos agricultores muy piadosos y muy buenos cristianos. Tenían “mucha fe y una gran fama de honradez” (Positio, p. 546). Tuvieron cuatro hijos, María, la mayor, murió a los 18 años; Virginia murió a los 17 años; Napoleón, el cuarto, murió a los 12 meses.

Juan Hipólito perdió a su madre en 1804. Su padre se volvió a casar con Rosa Pellegrin que dio a Juan Hipólito un hermanastro, José.

Juan Hipólito pasó en La Motte toda su infancia, su adolescencia y su juventud. Fue a la escuela municipal hasta los quince o dieciséis años. Pero, tan pronto como sus fuerzas se lo permitieron, guardaba y apacentaba los rebaños y participaba en los trabajos del campo, especialmente en los meses de verano.

Muchos testimonios sobre Juan Hipólito Gondre nos dicen que era el modelo de todos los niños de La Motte. El padre Thouard, párroco de La Motte, decía: “Era bueno, dócil, afable y complaciente con sus compañeros que le querían mucho” (Positio, p. 253). Otro testimonio del párroco de La Motte nos hace conocer las buenas disposiciones del joven Juan Hipólito, que debía permanecer varios años aún en su pueblo natal para ejercer “el doble apostolado del buen ejemplo y de la enseñanza cristiana”, antes de ingresar en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón: “La lectura, la oración, las prácticas religiosas le gustaban mucho. Durante los oficios de la iglesia, su compostura respetuosa y su piedad eran un motivo de edificación para toda la parroquia” (Positio, p. 254).

Sus biógrafos, los Hermanos Eugenio y Daniel, nos cuentan las precauciones que tomaba contra las asechanzas del mal. “En el mundo, decía, ¡cuántos peligros amenazan las buenas costumbres! Yo no lo ignoraba. Para mantenerme bueno y puro, me imponía las más severas reglas de la vigilancia” (Positio, pp. 254-255).

Juan Hipólito tenía un gran deseo de aprender. Durante el invierno retomaba sus primeros estudios y completaba su formación. Así, “a fuerza de trabajo personal”, el 9 de octubre de 1822, a la edad de 21 años, obtuvo el diploma de maestro de primaria. El 6 de noviembre del mismo año le confiaron la escuela de La Motte en la que “pronto se convirtió en un maestro tan distinguido que sus compatriotas guardaron

*En la Motte, el joven
Hipólito Condre ayudaba en
el cuidado de las ovejas*



de él durante mucho tiempo un excelente recuerdo”. Cumplió tan bien con sus funciones que se ganó la estima de los padres y de los alumnos. “Juan Hipólito Gondre, nos escribe de nuevo el párroco de La Motte, se convirtió en un maestro competente y muy estimado en la región. Las personas que me dieron informaciones sobre él, aseguran que enseñaba muy bien y que formó muy buenos alumnos” (Positio, p. 255).

JUAN HIPÓLITO GONDRE INGRESA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

Su actividad de 1827 a 1841

El 30 de septiembre de 1821, el Padre Andrés Coindre, gran predicador de misiones parroquiales, fundó en Lyon la Congregación de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María (Hermanos del Sagrado Corazón desde 1894) que tenía como fin principal la educación cristiana de los niños y de los jóvenes, especialmente de los más desfavorecidos. Después de la muerte del Padre Andrés Coindre, en 1826, el Padre Francisco Coindre, su hermano, fue elegido segundo Superior General y gobernó la congregación desde 1826 hasta 1841.

Después de un tiempo de reflexión, de consulta y de oración, Juan Hipólito Gondre solicitó y obtuvo su admisión en la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. El 27 de junio de 1827 fue recibido en el establecimiento del Pío Socorro, en la ciudad de Lyon. Tenía entonces casi 26 años. “Fue iniciado enseguida en las prácticas y en los deberes de la vida religiosa” (Positio, p. 259).

El 16 de septiembre de 1827, apenas tres meses después de su llegada a Lyon, fue admitido a la toma de hábito; le dieron el nombre de Hermano Policarpo y comenzó su primer año de noviciado. Como tenía el diploma de maestro, lo nombraron profesor de los alumnos del Pío Socorro donde

estaba el noviciado. Encontraron en él una destacada madurez humana y espiritual. Por tanto, en 1828, un año después de su admisión en la congregación, lo nombraron maestro de novicios. Al mismo tiempo que hacía su segundo año de noviciado, recibió la delicada misión de la formación de los novicios. “Todo esto dice bastante de lo que se pensaba de su competencia y de la ejemplaridad que se manifestaba en sus relaciones con sus hermanos” (Positio, p. 260).

El Hermano Policarpo entendió que “Dios tenía un plan para él” y estaba preparado para seguirlo con determinación. “Bien resuelto a consagrarse a Dios irrevocablemente y sin reservas, después de dos años de probación, solicitó y obtuvo el favor de ser admitido a la profesión perpetua” (Positio, p. 260). El 21 de septiembre de 1829, hizo su primera profesión y, al mismo tiempo, su profesión perpetua de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Esto fue una excepción a la regla, porque en esa época se requería que los hermanos se comprometieran primero con votos temporales durante cuatro años, antes de comprometerse para toda la vida. Ese mismo día, el Hermano Policarpo escribió en su cuaderno de Resoluciones: “Está decidido, ¡oh Dios mío! Quiero ser todo tuyo, solamente tuyo, en el tiempo y en la eternidad” (Positio, p. 261).

El Hermano Policarpo, asociado definitivamente a la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, se comprometió sin reservas con su fidelidad a las exigencias de la vida de oración, de la vida comunitaria y de la vida apostólica. Continuó desempeñando las funciones de maestro de novicios hasta la revolución de julio de 1830. En ese momento, el Padre Francisco Coindre, Superior general, decidió cerrar el noviciado y mandar a los novicios a sus familias.

Poco después, el Hermano Policarpo fue enviado a Vals, cerca de Le Puy, en el departamento de Alto Loira, como director de la escuela que los Hermanos del Sagrado Corazón habían abierto en 1826. Llegó el 30

de septiembre de 1830. Sus biógrafos escribieron: “En Vals, nos dijo un testigo ocular, las virtudes y los talentos del Hermano Policarpo se conocieron pronto y fueron muy apreciados. Su instrucción, sus buenos modales, su aire modesto conquistaron todos los corazones. Una vez que los padres de los alumnos se pusieron en contacto con él, se sintieron atraídos por su bondad, su mansedumbre, y le confiaron a sus hijos con una gran confianza” (Positio, p. 263).

Mientras la escuela de Vals, gracias a la buena dirección del Hermano Policarpo, funcionaba muy bien, la congregación se encontraba con grandes dificultades. “Su evolución iba mal, su futuro se presentaba muy incierto, su existencia parecía amenazada. Entre los hermanos, el desánimo era casi general” (Positio, p. 271). El Padre Francisco Coindre era un sacerdote piadoso, estaba animado de buenas intenciones, pero no tenía las aptitudes necesarias para el buen gobierno de la congregación. En lugar de desarrollar la obra, la hizo retroceder y la llevó a un período de decadencia que sofocó el impulso y la fecundidad de los primeros años.

El Padre Francisco hacía construir edificios sin calcular los gastos y contrajo deudas que no podía pagar. Tenía lo que se llamaba irónicamente “la enfermedad de la piedra”, que en distintas ocasiones llevó a la congregación al borde de la ruina. El Hermano Javier, primer hermano acogido por el Padre Andrés Coindre en la congregación, trató de corregir la situación y ante el riesgo de quiebra y de dispersión de los hermanos que esta eventualidad podría traer, mostró su coraje y su fidelidad a la obra del fundador: “Tenía siempre presentes en mi mente las enseñanzas de nuestro Padre fundador. Quería salvar su obra al precio que fuera” (Memorias del Hermano Javier, edición de 1996, p. 67).

El Hermano Borja, Director general de los hermanos desde 1824, abandonó la congregación en 1836 sintiéndose impotente ante el Padre

*Como al Hno. Poltecarpo, Dios sigue
llamando a jóvenes a consagrar su vida.
Hermanos de varios países en su primera
profesión religiosa, en Nianing, Senegal*



Francisco Coindre que se había reservado casi todos los poderes. En la distribución de los cargos del Capítulo general de 1824, el Hermano Javier había sido elegido primer asistente y confirmado después en este mismo cargo en los Capítulos de 1827 y 1835. En este último Capítulo, el Hermano Policarpo fue elegido segundo asistente. Después del abandono del Hermano Borja, el Hermano Javier fue de hecho el Director general de los hermanos. Cuando tuvo la certeza de que las operaciones del Padre Francisco llevaban a la ruina, “no dudó en luchar por un bien superior: la salvación de la congregación”. La responsabilidad de la que se sentía investido después de la salida del Hermano Borja, le llevó a preocuparse del futuro de la congregación, “que llegaría a recuperarse solamente gracias a su intervención” (Positio, p. 31). El Hermano Javier, considerado por todos los hermanos como salvador de la congregación, logró cerrar la crisis administrativa y moral y preparó el terreno al Hermano Policarpo.

El Hermano Policarpo dirigió la escuela de Vals de 1830 a 1837. En 1837 se trasladó a Lyon seguido de varios postulantes, pues mientras era director de esa escuela siguió recibiendo jóvenes que formaba para la vida religiosa. Se le confió de nuevo la formación de los novicios en el noviciado del Pío Socorro, que acababa de ser restablecido a instancias del Hermano Javier. Al mismo tiempo, en septiembre de 1837, el Hermano Policarpo obtuvo otro diploma de instrucción primaria de mayor grado que el que había obtenido en 1822.

En septiembre de 1838, los Hermanos del Sagrado Corazón adquirieron, gracias a la iniciativa del Hermano Javier, la propiedad llamada Paradis, cerca de Le Puy, donde establecieron definitivamente el noviciado y un lugar de residencia para sus hermanos. El Hermano Policarpo siguió siendo el maestro de novicios.

En octubre de 1839, cuando la administración de la congregación pensó que era útil abrir un internado en Paradis, el Hermano Policarpo fue

nombrado director y tuvo que hacer frente a varias actividades hasta el momento en que los novicios fueron confiados al cuidado del Hermano Alfonso.

En 1840, el Padre Francisco Coindre decidió presidir el retiro que tuvo lugar en Paradis. Reunió el Capítulo general e hizo aprobar unos nuevos estatutos que le reservaban el nombramiento de los asistentes; cambió al Hermano Javier por el Hermano Policarpo como primer asistente; apartó al Hermano Javier de los asuntos temporales nombrándolo Secretario general, probablemente para privarle de la influencia directa en la administración de la congregación.

Durante el año escolar 1840-1841, el Hermano Policarpo continuó dirigiendo el establecimiento de Paradis con una autoridad “que mantiene el orden, favorece el trabajo y asegura el progreso” (Positio, p. 280).

EL HERMANO POLICARPO ES ELEGIDO SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN

Algunos rasgos de su actividad hasta su muerte en 1859

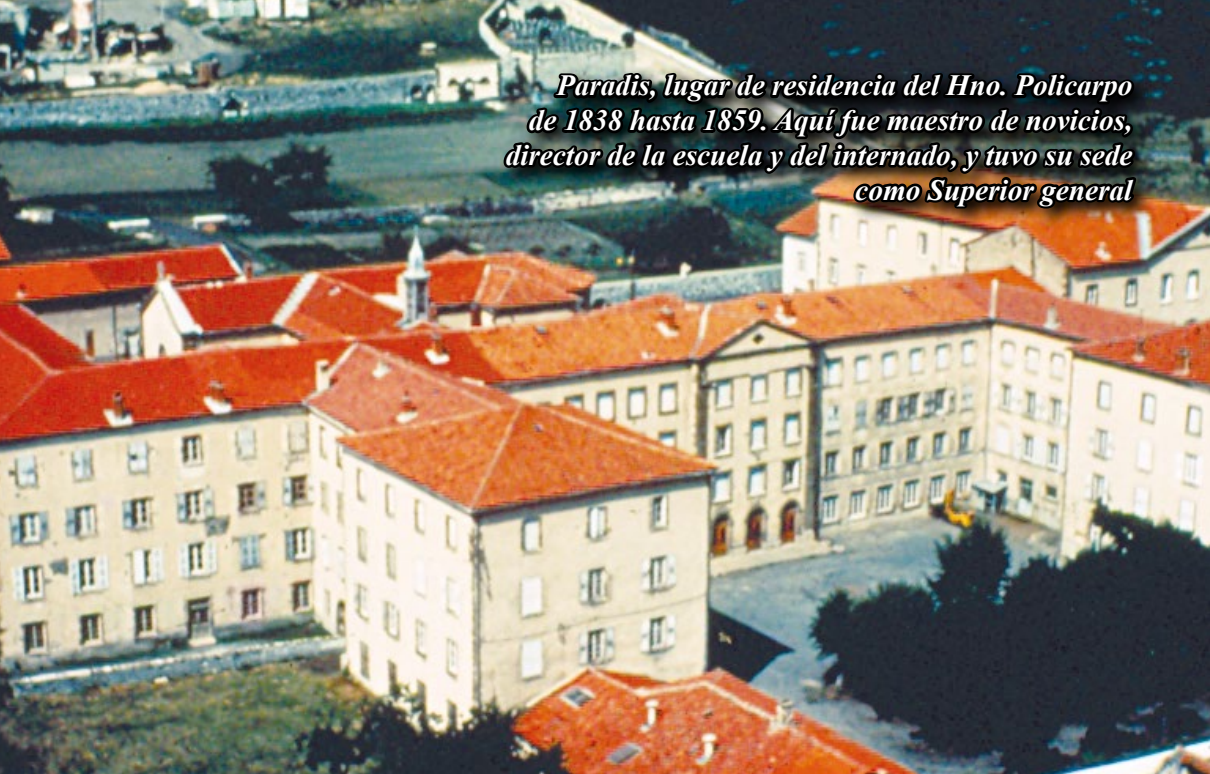
El 20 de agosto de 1841, el Padre Francisco Coindre presentó su dimisión como Superior general. Los doce hermanos que formaban parte del Capítulo general se reunieron en Paradis del 12 al 14 de septiembre de 1841.

El 12, aceptaron por unanimidad la dimisión del Padre Francisco Coindre y decidieron que la congregación sería gobernada en el futuro por una persona elegida entre sus miembros, según el proyecto del Padre Fundador, “para que no solamente tuviéramos un Superior para mandarnos, sino un modelo que nos mostrara la senda caminando el primero en la práctica de nuestras santas reglas y constituciones”

(Anuario de los Hermanos del Sagrado Corazón, n° 48, página 18). También decidieron nombrar al nuevo Superior general para cinco años, aunque la legislación tradicional prescribía el nombramiento vitalicio: “Como todavía estábamos en una especie de incertidumbre sobre la marcha que tomarían nuestros asuntos, acordamos por unanimidad que el nuevo Superior sería elegido solamente para cinco años” (Anuario n° 48, pp. 18-19).

La elección de un nuevo Superior general se llevó a cabo el lunes 13. En la primera votación, el Hermano Policarpo fue elegido por unanimidad, menos su voto, y fue proclamado Superior general de la congregación. Todos los hermanos acogieron esta elección con alegría y esperanza. En medio de la alegría general, “el buen Hermano Policarpo tuvo grandes dificultades para aceptar un cargo que su gran humildad le hacía ver como superior a sus fuerzas; sin embargo se sometió a la voluntad de Dios, visiblemente manifestada por el voto unánime del Capítulo general” (Positio, pp. 215-216). El Capítulo, a petición del Hermano Policarpo, le dio dos buenos asistentes para compartir los trabajos de su cargo: fueron los Hermanos José María y Alfonso. El Hermano Policarpo nombró al Hermano Javier Ecónomo general y al Hermano Martín Secretario general.

La misión encomendada al Hermano Policarpo requería sabias iniciativas de su parte. En primer lugar, abordó con “serenidad, clarividencia y firmeza” los problemas y se preocupó por fortalecer la vida espiritual de los hermanos, de intensificar la buena observancia de las prácticas religiosas y de establecer un verdadero clima de diálogo y confianza entre todos. Sus frecuentes visitas a las casas de la congregación “fueron coronadas con los más felices resultados” (Positio, p. 287). Sus biógrafos escribían: “No hablaremos de la alegría con la que se le acogía en cada una de las casas favorecidas con su visita; solamente diremos que en todas partes se admiró su benevolencia con todos” (Positio, pp. 288-289).



Paradis, lugar de residencia del Hno. Policarpo de 1838 hasta 1859. Aquí fue maestro de novicios, director de la escuela y del internado, y tuvo su sede como Superior general

Poco después de haber sido elegido Superior general, el Hermano Policarpo pensó que había llegado el momento de perfeccionar la organización de la congregación. Las Reglas dadas a los hermanos por el Fundador en 1821 no estaban completas. El Padre Andrés Coindre se había propuesto desarrollarlas después de algunos años de experiencia, pero, debido a sus muchos trabajos apostólicos y a su muerte prematura, no pudo hacerlo. El Padre Francisco Coindre manifestó cierta disposición para llenar el vacío dejado por su hermano, pero no se dedicó realmente a esta tarea. En cualquier caso, lo que el padre Andrés proyectaba, el Hermano Policarpo lo realizará.

El Hermano Policarpo había sido elegido Superior general de la congregación solamente para cinco años. Entonces, los hermanos que formaban parte del Capítulo general se reunieron en Paradis el 10 y 11 de septiembre de 1846 para elegir de nuevo a un Superior general,

pero esta vez a un Superior general vitalicio. Renovaron su confianza en el Hermano Policarpo y el 10 de septiembre de 1846 fue elegido por unanimidad y proclamado Superior general de por vida.

El 11 de septiembre, los miembros del Capítulo general se reunieron para examinar los estatutos de la congregación, preparados por el Hermano Policarpo, y para aprobarlos si lo creían conveniente. “Después de haberlos leído y haber hecho serias reflexiones sobre su contenido, los miembros del Capítulo los aprobaron por unanimidad” (Positio, p. 52). Por la tarde, el Hermano Policarpo sometió también las Reglas, redactadas y puestas en orden por él mismo, a la aprobación de los miembros del Capítulo, quienes, considerando los testimonios y las aprobaciones de varios obispos y la experiencia práctica que los hermanos habían hecho durante varios años, “dieron su aprobación unánime”. Sin ser el fundador, el Hermano Policarpo fue el legislador y reorganizador de la congregación. Veremos más detalladamente lo que concierne al Hermano Policarpo como legislador en el segundo capítulo de este escrito.

El 8 de octubre de 1846, apenas un mes después del Capítulo general, para lanzar nuestras obras fuera de Francia, el Hermano Policarpo envió a cinco hermanos para encargarse del orfanato de Mobile en los Estados Unidos de América. Otros hermanos y otras obras les seguirán.

Después de haber sido elegido Superior general vitalicio, el Hermano Policarpo concentró sus esfuerzos en la formación de religiosos abiertos a lo espiritual, atentos a las necesidades de la escuela y de los alumnos. Para lograr estos objetivos, no escatimó nada. Se imponía sacrificios y privaciones; se entregaba sin reservas. Se preguntaba “cuál era el medio más seguro para propagar en todas partes el espíritu religioso, para entusiasmar de celo apostólico a sus hermanos entregados a la educación de la juventud” (Positio, p. 323).

Visitaba cada año todas las comunidades. Se trataba de acelerar el progreso de la congregación, es decir, de las escuelas, de los hermanos,

de los alumnos. Citemos aquí el breve testimonio de dos hermanos que le conocieron: “Era esperado con impaciencia; a su llegada, nos echábamos en sus brazos con un sentimiento tan vivo y sincero de indecible satisfacción, que de inmediato desaparecía todo desaliento. Sus visitas produjeron frutos muy valiosos” (Hermano Benjamín, Anuario n° 51, página 16). “Su llegada y su estancia eran para cada casa un acontecimiento alegre, una verdadera fiesta” (Hermano Adelphe, Anuario n° 51, página 34).

Pero en sus visitas, “desde el momento de su llegada hasta el de su partida, el trabajo no cesaba. Conducta de los hermanos como religiosos y como profesores, orden, gestión del establecimiento, todo era sometido al examen más concienzudo; y de todas sus apreciaciones, conservaba notas de las que sabía admirablemente sacar partido, ya sea para animar a loables esfuerzos, como para poner fin a ciertas negligencias. Con gran franqueza y sabia moderación, recordaba a cada uno la línea de conducta conveniente” (Positio, p. 323).

La Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón tenía casi treinta años de existencia, sin embargo no gozaba del reconocimiento legal para toda Francia, sino solamente de una autorización limitada a algunos departamentos. Gracias a la acción del Hermano Policarpo, el Consejo Supremo de Instrucción Pública y Cultos emitió el decreto de reconocimiento legal de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón para todos los departamentos de Francia el 19 de junio de 1851.

En el Capítulo general de 1846, los hermanos habían aprobado con mucha generosidad las Reglas preparadas por el Hermano Policarpo. Con el tiempo, se dieron cuenta de que eran excesivamente exigentes para una congregación dedicada a la enseñanza. El Hermano Policarpo preparó entonces algunos cambios para someterlos a la consideración de los miembros del Capítulo general de 1856. Los hermanos los aprobaron por unanimidad.

17 février 1855

Vivent les S.S. CC.

52.

Mes bien chers frères

Voici une occasion de pratiquer le religieux em-
pressement que nos règles veulent que nous mettions
à prier et à faire prier pour les morts.

Notre bien cher frère Marie Alphonse nous an-
riva de V^{te}, il y a six semaines, dans un état pres-
que désespéré. Une hydropisie, une diarrhée invé-
térée, une poitrine délabrée, tout nous fit alors
pressentir une perte bien douloureuse pour toute
la Congrégation. Cependant nous eûmes un instant
un faible espoir de conserver encore ce frère cher,
mais la crise de dévoilement n'a pas eu le résultat
que nous désirions.

Aujourd'hui, 17 février, vers midi, notre cher
frère Marie Alphonse s'est endormi paisiblement
dans le Seigneur. Priez pour avoir au plus tôt
un intercesseur nouveau, soit auprès de notre
divin Sauveur, soit auprès de Marie immaculée.
Ne mettez aucun retard, s'il vous plaît, à vous ac-
quitter d'une obligation qui nous intéresse si
fort et qui doit nous être si chère.

La mort d'un frère qui n'était âgé que de 28
ans et qui était plein d'espoir et d'avenir est bien
propre à nous suggérer de salutaires pensées au
commencement de la sainte Quarantaine où nous
entrons.

Ecoutez à vous

Fr Polycarpe

Una de las cartas que el Hno. Policarpo envió en su
condición de Superior general, fechada en 1855

Durante su larga estancia en Paradis, el Hermano Policarpo envió muchas cartas circulares y privadas a los hermanos para ayudarles en el buen funcionamiento de las comunidades y de las escuelas.

LOS ÚLTIMOS AÑOS Y LA MUERTE DEL HERMANO POLICARPO

El Hermano Policarpo nunca había gozado de buena salud: “En 1843, una neumonía estuvo a punto de llevárselo al otro mundo”. Posteriormente, el exceso de trabajo y las mortificaciones que se imponía lo debilitaron prematuramente. En el mes de octubre de 1857, manifestó el presentimiento de su muerte cercana a un hermano enviado a la región de Béarn, en el sur de Francia: “Adiós, le dijo, adiós hasta la eternidad”; y señalando el cielo, añadió: “Allá arriba, nos volveremos a encontrar; allá arriba, ya no nos separamos” (Positio, p. 349).

En enero de 1858, dio a entender a varios hermanos que lo veían por última vez. A uno de ellos le dijo: “Trate de añadir algunas fervientes oraciones por mí que pronto estaré al final de mi carrera para ir a rendir cuentas al gran Maestro de todo lo que ha querido confiarme” (Positio, p. 349).

El 27 de diciembre de 1858, el Hermano Policarpo sintió los primeros ataques de la enfermedad que le llevarían a la muerte. Ese día, “se levantó para ir a misa y recibir la sagrada comunión; volvió a acostarse hacia mediodía, quejándose de un dolor en el costado” (Positio, p. 350). El médico dijo a los hermanos: “No hay peligro; sin embargo un cuerpo debilitado por el trabajo y por las mortificaciones pide muchos cuidados” (Positio, p. 351).

El miércoles 5 de enero de 1859, el capellán le preguntó si deseaba recibir la comunión al día siguiente, día de la Epifanía. “¡Oh! sí, respondió el



*En Paradis descansan los restos
del Hno. Policarpo junto con los
de otros hermanos*

enfermo, con una santa emoción; ya que el buen Maestro se digna venir a mí, ¿puedo rechazar su visita?” (Positio, p. 351).

El viernes se le notó un poco de agitación y un profundo abatimiento. El sábado fue más tranquilo, pero tenía fiebre, dificultades para respirar, dolor de garganta. Algunos hermanos intentaban levantar su ánimo, pero él se contentaba con decir: “La voluntad de Dios, nada más que la voluntad de Dios” (Positio, p. 351).

El domingo, hacia las cuatro de la mañana, la respiración parecía más incómoda. Llamaron a los Hermanos Adrián y Juan María, Asistentes del Hermano Policarpo; el capellán le administró el sacramento de la Unción de los Enfermos. El Hermano Policarpo mantenía todo su conocimiento: hacía señales de la cruz. “La agonía fue corta. Cuatro minutos después de haber recibido los últimos auxilios de la Iglesia,

el Hermano Policarpo entregaba tranquilamente su alma a Dios. Era el domingo 9 de enero de 1859, a las cinco de la mañana. Tenía 57 años, 4 meses y 20 días, y había gobernado la congregación durante 17 años y 5 meses” (Positio, p. 352).

El generalato del Hermano Policarpo fue quizás la edad de oro de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. Había visto la congregación moribunda, pero al final de su gobierno se podía mirar el futuro con confianza. Dejaba la congregación sólidamente organizada y en un estado floreciente. Las esperanzas del Fundador se cumplían: “Tengo la mayor confianza de que si nuestros hermanos son santos y trabajadores, su congregación no desaparecerá nunca” (André Coindre, Escritos y documentos 1, Cartas, p. 60).

El mismo día de la muerte del Hermano Policarpo, los Hermanos Adrián y Juan María anunciaron la triste noticia a los miembros de la congregación: “Dios acaba de enviarnos la más dolorosa de las pruebas. Nuestra congregación ha quedado viuda de su excelente Superior general, y nosotros somos huérfanos del más cariñoso de los padres. Nos queda el ejemplo de las excepcionales virtudes que, durante toda la vida de este querido Superior, han sido nuestra admiración y un tema perpetuo de edificación para todos sus hijos” (Positio, p. 353).

El 13 de enero de 1859, tres días después de la muerte del Hermano Policarpo, el Hermano Adrián envió una carta circular a los hermanos que estaban en los Estados Unidos de América. Citemos un extracto de esta carta: “El buen ejemplo, la paciencia, la oración, la austeridad eran los principales medios empleados por el venerado difunto. Hay que reconocer que en su último suspiro, tenía todavía instrumentos de penitencia en su cuerpo. ¡Oh! santo religioso, sednos ante Dios aún más útil de lo que erais en la tierra y que vuestros ejemplos tan edificantes y todas vuestras virtudes nos inspiren a todos, nos animen, nos apoyen y nos hagan dignos de ser siempre vuestros hijos” (Positio, p. 203).

El 24 de marzo de 1859, los miembros del Capítulo general se reunieron en Paradis para elegir un nuevo Superior general. “La sesión estaba presidida por el Hermano Adrián, que la abrió con una alocución donde habló especialmente del Hermano Policarpo, elogió sus cualidades, sus virtudes y su santa muerte. Todos los miembros del Capítulo se asociaron a los sentimientos expresados por el Hermano Adrián” (Positio, p. 356). Designaron al Hermano Policarpo como segundo Fundador, pues era él quien había dado una organización completa y una dimensión internacional a la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. “En la misma sesión, todos creyeron que era un deber otorgar al Hermano Policarpo el título de segundo Fundador de la congregación. Al tomar esta decisión, la Asamblea declaró que esta distinción concedida al Hermano Policarpo, debía ser sin consecuencias para el futuro” (Positio, pp. 356-357). Al día siguiente, los miembros del Capítulo general eligieron al Hermano Adrián como nuevo Superior general.



Crucifix authentique
du Vénérable Frère Polycarpe

*"Crucifijo auténtico del
Venerable Hermano Policarpo"*



*Padre Andrés Coindre,
Fundador de los Hermanos
del Sagrado Corazón*

2

EL HERMANO POLICARPO Y SU FIDELIDAD AL CARISMA DE FUNDACIÓN DE A. COINDRE

El Padre Andrés Coindre que fundó la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón en 1821 y la dirigió hasta su muerte en 1826, realizó gestos proféticos que iluminan el carisma, la gracia de nuestros orígenes: abrió la Providencia del Pío Socorro de Lyon para chicos y jóvenes desfavorecidos con el fin de educarlos y prepararlos para la vida; se trasladó al Santuario de Nuestra Señora de Fourvière con sus primeros



*Fotografía original del Hno. Policarpo, tomada
en Lyon en 1858, un año antes de su muerte*

discípulos para su consagración como Religiosos educadores; dio a sus hermanos unas primeras Reglas para que pudieran orientarse en su vida comunitaria y apostólica; puso a su congregación bajo el patrocinio del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María; se mostró sensible a las necesidades de su tiempo abriendo escuelas rurales en varias diócesis de Francia, sin limitarse a su diócesis de origen.

Como el Padre Andrés Coindre en los orígenes de la fundación de su congregación de hermanos, el Hermano Policarpo, tras su elección como Superior general, realizó gestos proféticos que le colocaron como continuador de la obra del Fundador y pusieron de manifiesto que asimiló, vivió, desarrolló y fue fiel al carisma de fundación del Padre Andrés Coindre. Estos gestos podríamos resumirlos en tres puntos: su trabajo de legislador, sus fundaciones de escuelas, su fundación en los Estados Unidos de América.

SU TRABAJO DE LEGISLADOR

El Padre Andrés Coindre preparó para las Hermanas de Jesús-María y para los Hermanos del Sagrado Corazón un compendio de Reglas con el fin de precisar la orientación de sus fundaciones y de dirigir los primeros pasos de sus discípulos. Con el tiempo, pretendía completar sus Reglas, pero sus muchos trabajos y su prematura muerte se lo impidieron.

Lo que nuestro Fundador proyectaba, el Hermano Policarpo, nuestro primer hermano Superior general, lo realizará. Fue una de sus primeras preocupaciones como Superior general de la congregación.

Pero antes de comenzar su trabajo de legislador, el Hermano Policarpo escribió una primera circular, el 8 de enero de 1843, en la que anunciaba a los hermanos su intención de ocuparse lo antes posible de las Reglas. Deseando dotar a la congregación de una legislación más completa que la que nos había dejado el Padre Andrés Coindre, el Hermano Policarpo quería ante todo y sobre todo ser fiel al Fundador. Lo expresa claramente al pedir a los hermanos que le envíen todos los documentos del Fundador: las primeras Reglas, las cartas escritas de su puño y letra..., diciéndoles:

“Debemos conservar con un escrupuloso esmero los más pequeños trabajos que su celo apostólico emprendió por nosotros y por todos los que serán sus hijos en el futuro”.

Después de un primer párrafo de saludo y un segundo sobre el espíritu de la congregación, el Hermano Policarpo escribía: “Desde hace mucho tiempo, mis queridos hermanos, habéis solicitado insistentemente la impresión de nuestras santas Reglas; desde hace mucho tiempo, yo he sentido también la importancia de juntarlas y ponerlas en orden con el fin de rectificar los cambios que se han introducido en ellas. Pero para realizar fielmente una tarea tan difícil, necesito que me prestéis vuestra ayuda enviándome todos los documentos que os hubiera enviado nuestro venerable Fundador o que, sin que os los hubiera enviado él mismo, os hubieran llegado a través de una tradición fiel. Debemos conservar con un escrupuloso esmero los más pequeños trabajos que su celo apostólico emprendió por nosotros y por todos los que serán sus hijos en el futuro. Las cartas escritas de su puño y letra, dictadas por su celo apostólico, las copias de cosas escritas o dictadas por su piedad, las Reglas, incluso manuscritas, que tuvieran alguna particularidad relativa al trabajo que hemos emprendido, me serán enviadas cuanto antes. Estoy seguro de que pondréis un religioso empeño en proporcionarme todo lo que podría ayudarme a llevar a cabo lo mejor posible esta redacción que esperáis con tanto interés. Provisto de todos los materiales que vuestro afán y vuestra obediencia me procuren, espero presentaros en breve una obra que satisfaga vuestro aprecio de las prácticas de nuestro Instituto. Este trabajo me resulta muy grato, pues pienso que os ayudará en vuestra observancia religiosa de la que dependen vuestro progreso espiritual, la huida de los peligros, vuestra perfección en las virtudes, vuestra salvación eterna, los inmensos servicios que prestáis al prójimo y sobre todo la gloria sin medida que procuráis a Dios” (Héritage, Circulares de nuestros primeros Superiores, pp. 14-15).

El Hermano Policarpo terminó sus Reglas en septiembre de 1843. Los hermanos, reunidos en Paradis este mismo mes para el retiro anual, recibieron, al terminar el retiro, una copia de las Reglas y fueron invitados a ponerlas en práctica antes de la celebración del Capítulo general de 1846.



Poco tiempo después, envió una copia a los obispos de las diócesis donde teníamos comunidades. Estos obispos aprobaron sucesivamente las nuevas Reglas. Durante el Capítulo de 1846, el Hermano Policarpo las presentó a los miembros capitulares que las aprobaron por unanimidad el 11 de septiembre de 1846.

Podríamos decir que la originalidad del Hermano Policarpo fue haber sentido profundamente las necesidades urgentes de la congregación en los campos de la legislación y de la formación de los hermanos, y haberse gastado en ellas con entusiasmo y perseverancia. Creo que el Hermano Policarpo no tenía una mentalidad legalista. No estaba obsesionado con las leyes y los reglamentos, pero en aquel momento era importante dar a la congregación su orientación y sus medios de acción para asegurar su futuro. Durante su Generalato, sus visitas a las comunidades, su preocupación por las nuevas vocaciones y la formación de los hermanos, sus contactos personales y por correspondencia ocuparon la mayor parte



*El Papa Juan Pablo II saluda
al Hno. José Luis Gómez,
Postulador de la Causa,
con ocasión de la firma del
decreto de heroicidad de las
virtudes del Hno. Policarpo,
el 17 de febrero de 1984*

de su tiempo. La prudencia, la sabiduría, la fe y la oración del Hermano Policarpo relanzaron la congregación por el buen camino. Su influencia personal fue muy eficaz.

Nueve años después, y ante la perspectiva del Capítulo general de 1856, el Hermano Policarpo sintió la necesidad de revisar nuevamente nuestra legislación y de completarla con unas Constituciones. Así lo indica en la circular que dirigió a los hermanos a mediados de diciembre de 1855: “Las Reglas y los Estatutos de la congregación, decía nuestro piadoso Fundador, deben estar basados y redactados según la experiencia. Por eso puso primeramente a sus hermanos al trabajo esperando poder redactar más adelante sus Constituciones; pero una muerte prematura no le dejó tiempo para ello. Sus hijos perdieron con él su principal apoyo. Es urgente, me parece, que la congregación se organice definitivamente. Según la apreciación de su Fundador, es ella misma la que debe establecer su modo de gobierno, teniendo en cuenta la experiencia ya adquirida. El sensible desarrollo que va tomando día a día, le obliga a adoptar sin demora los principios que le deben servir de base para tomar las medidas apropiadas que le lleven a conseguir los objetivos para los que fue fundada y den estabilidad a sus miembros de cara al futuro. Los Estatutos deben basarse en el espíritu de estos principios y explicitarse en las Reglas, en las Constituciones y en la Guía del Hermano Educador. Así pues, tenemos que redactar los Estatutos, poner las Reglas de acuerdo con estos Estatutos y presentar cada uno, con buena voluntad, nuestra pequeña aportación para tener cuanto antes unas Constituciones y una Guía para el ejercicio de la enseñanza. He tomado la iniciativa en este importante asunto esperando que la colaboración de nuestros buenos hermanos no me ha de faltar. Os envío una copia del borrador de los Estatutos. Os ruego me comunicuéis vuestra opinión sobre las modificaciones que convendría hacer. Nada tomo más a pecho que los intereses de la congregación a la que he consagrado todo. Estrechemos los lazos que nos unen. La unión hace la fuerza. Con un poco de entendimiento y mucha generosidad, obtendremos lo que deberíamos haber tenido desde hace ya mucho tiempo. Espero con impaciencia las inspiraciones que vuestros buenos sentimientos os sugerirán; serán valorados muy seriamente y adoptados si se cree conveniente” (Héritage, Circulares de nuestros primeros Superiores, pp. 40-42).

El Hermano Policarpo estuvo a la altura de las circunstancias en su alocución de apertura del noveno Capítulo general de la congregación, el 16 de agosto de 1856. Quiso poner de relieve la importancia de determinar la organización de la congregación sin perder nunca de vista las intenciones del Fundador. He aquí algunos extractos de la alocución del Hermano Policarpo a los miembros de la asamblea capitular: “Nuestra congregación ha estado sometida a tan grandes pruebas que hubiera dejado de existir en varias ocasiones si no hubiera estado sostenida por los muy particulares designios de la Providencia. Su Fundador le fue arrebatado en el momento en que más necesitaba apoyo. Después de la irreparable pérdida de su Fundador, o más bien de su Padre, el Instituto fue todavía probado de muchas maneras hasta 1840, época en la que sus miembros comenzaron a reparar sus pérdidas y a multiplicarse. Pero así como no se puede caminar con seguridad sin conocer bien el camino que hay que seguir, tampoco se pueden practicar los deberes de Estado sin que las Reglas que fijan estos deberes estén bien establecidas. Nuestro venerable Fundador escribía desde Blois, en febrero de 1826, manifestando que no podía ocuparse de la redacción de las Reglas porque estaba agobiado de trabajo; y decía: Las leyes y los reglamentos no son perfectos sino cuando la experiencia nos ha mostrado lo que hay que hacer o evitar. Que se actúe de manera provisional, añadía, y algún día nos ocuparemos de lo demás. Pienso que en nuestro Instituto debe haber unos Estatutos que sirvan de base a las Reglas comunes y determinen de una manera definitiva la organización de la congregación” (Héritage, Circulares de nuestros primeros Superiores, pp. 53-55).

SUS FUNDACIONES DE ESCUELAS

El Hermano Policarpo abrió escuelas sobre todo en pueblos pequeños, generalmente a petición del alcalde o del párroco. Durante los primeros años, las escuelas estaban cerca unas de otras para facilitar los desplazamientos y las visitas del Superior. La residencia de los hermanos se encontraba casi siempre en la misma escuela, y estaba acondicionada para alojar a tres hermanos.



Como durante esos años había muchas vocaciones, el Hermano Policarpo pudo reforzar el personal de las casas y asegurar un gran número de fundaciones.

Aumentó progresivamente las fundaciones en la medida en que disponía de hermanos, hasta alcanzar el número de diez fundaciones durante el año civil de 1857.

La mayoría de nuestras obras eran entonces escuelas primarias que comprendían seis años de enseñanza. En algunas escuelas se limitaban a cuatro o a dos años.

En 1841, la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón dirigía 21 escuelas. De 1841 a 1859, el Hermano Policarpo abrió 82 escuelas, 76 en Francia y 6 en América, pero como tuvo que cerrar algunas, la congregación contaba con 97 escuelas, en el momento de su muerte, en 1859.



***En 1846 el Hno. Policarpo envió a los primeros hermanos
fuera de Francia, a Mobile, Alabama (Estados Unidos).
Viajaron en el velero mercante Anna.***

SU FUNDACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Después de su gran trabajo de legislador de 1841 a 1846, el Hermano Policarpo decidió enviar hermanos a América, dando una nueva dimensión al proyecto inicial del Padre Andrés Coindre. Describió claramente sus ideas misioneras en las Reglas y en los Estatutos de 1846: “Está en conformidad con su vocación ir a diferentes países y fijar su residencia en cualquier región del mundo en la que esperen poder dar a Dios mayores servicios y ser más útiles a la salvación de los niños” (Reglas de 1846, capítulo 1, artículo 2). “El Instituto no se establecerá en una sola diócesis o solamente en Francia, sino que se extenderá, con el consentimiento de los obispos, por todos los países del mundo donde la Providencia lo reclame con tal de que sus miembros puedan cumplir íntegramente allí sus Reglas y Constituciones” (Estatutos de 1846, artículo 11).

En su circular del 19 de junio de 1846, el Hermano Policarpo invitó a sus hermanos a dar su nombre para ir a América poniendo él mismo su nombre en cabeza de lista. He aquí algunos extractos de dicha circular: “Nuestro Instituto progresa; crecemos sensiblemente en número; preparamos la apertura de nuevas escuelas, y todo nos muestra que la divina Providencia, después de las pruebas sufridas, quiere hacernos más fácil nuestra cooperación en la educación religiosa de la juventud. Un amplio campo se nos acaba de abrir en el Nuevo Mundo. Contando con vuestro celo apostólico, vuestro desvelo y vuestra generosidad, acabo de prometer a un santo obispo de América cinco hermanos para su diócesis: ¿Quiénes serán los que tengan la dicha de hacerse cargo de tan gloriosa misión? ¿Quiénes son en nuestra pequeña congregación los cinco miembros privilegiados que el Señor ha elegido para ir a dar a conocer su adorable Corazón y glorificar su santo Nombre al otro lado del océano? Confiando en vuestra generosidad, no he visto dificultades para comprometerme a enviar cinco hermanos para el próximo mes de septiembre; doy gracias al cielo al ver llegar una ocasión que había deseado vivamente mucho antes. ¿Estáis dispuestos a partir para ese lejano país? ¿Os sentís capaces de sacrificar patria, amigos, familiares y bienes para ir a descubrir en tierras lejanas

los tesoros inagotables del Corazón de Jesús y hacer que nuestro Instituto se desarrolle en los Estados Unidos de América? ¿Vuestra abnegación y vuestro ánimo podrán vencer los obstáculos y los peligros que aparecerán en esta empresa apostólica? En ese caso dad vuestros nombres lo antes posible; los añadiremos a los que están ya inscritos; Dios nos ayudará después a hacer la elección. Espero con impaciencia la respuesta de todos nuestros hermanos a esta llamada que me complace hacer a su celo apostólico” (Héritage, Circulares de nuestros primeros Superiores, pp. 25-27).

Lo que dijo e hizo el Hermano Policarpo nos interpela y nos remite al carisma de fundación de nuestra congregación. Su veneración hacia el Padre Andrés Coindre es patente. Como legislador, como fundador de nuevas escuelas y como impulsor de nuestras obras en los Estados Unidos de América, el Hermano Policarpo se mostró siempre fiel al carisma de fundación del Padre Andrés Coindre y contribuyó decisivamente a que la gracia de nuestros orígenes se difundiera para el bien de los niños y de los jóvenes.

3

EL HERMANO POLICARPO Y EL EDUCADOR

El Hermano Policarpo no escribió ningún tratado sobre la educación, pero, al leer sus escritos y los testimonios históricos que poseemos, podemos darnos cuenta de cuál era su concepción de la educación y del verdadero educador. El deseo de educar nació en él de la búsqueda de una plenitud de vida.

Para entender ciertas expresiones del Hermano Policarpo que encontraremos más abajo, será necesario tener en cuenta el contexto de su época. En tiempos del Hermano Policarpo, la educación estaba fuertemente centrada en una formación moral y religiosa completa. La fe y la cultura estaban consideradas como dos valores esenciales. El bien supremo era la fe, la cultura estaba subordinada a la fe. Hoy se habla a menudo de la contraposición entre la ética del deber y la ética de la autorrealización. En la primera se hace hincapié en la existencia de un orden moral preestablecido que debe ser respetado por el bien propio y el de la comunidad; en la

segunda se pone el acento en las motivaciones y el respeto de la persona. La ética del Hermano Policarpo era más bien la del deber.

Como el Padre Andrés Coindre en los orígenes de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, una de las preocupaciones fundamentales del Hermano Policarpo era la de instruir cristianamente a los niños y particularmente a los más pobres. Para él educar significaba orientar hacia Dios, y pensaba que para conseguir este fin era necesario que el educador viviera lo que proponía a sus alumnos. En 1833, el Hermano Policarpo apuntaba en su cuaderno de Resoluciones: “¡Qué abnegación debo tener sobre todo por la instrucción cristiana de los niños rescatados por la sangre de Jesucristo! Por eso, debo tener una gran caridad para ellos, un gran celo para asegurar su progreso en la virtud y un afecto, una ternura paterna para ganarlos a todos para nuestro Señor” (Resoluciones, 1833).

Las Reglas, redactadas por el Hermano Policarpo en 1843 y aprobadas por los hermanos del Capítulo general de 1846, son el documento fundamental para comprender su concepción religiosa y pedagógica en el campo de la educación.

En el primer artículo de sus Reglas, el Hermano Policarpo escribía: “El fin de este Instituto no es solamente trabajar con la ayuda de la gracia divina para su propia salvación, sino también trabajar con todas sus fuerzas, con la ayuda de la misma gracia, en la instrucción religiosa y moral de los niños” (Positio, p. 68).

El Hermano Policarpo tenía una alta idea de la vocación de los educadores. Daba gracias a Dios por haberle llamado a una vocación tan hermosa como la de formar a los niños y a los jóvenes. En el cuarto artículo de sus Reglas, decía a los hermanos: “Tendrán la más alta estima de su vocación, no escatimarán nada para perfeccionarse en ella” (Positio, p. 68). Apreciaba en el más alto grado la fecundidad de la educación dada por los verdaderos educadores.

Para una buena educación de los jóvenes, el Hermano Policarpo aconsejaba utilizar algunos medios como “la oración, la vigilancia, el buen ejemplo, las instrucciones puestas al alcance de los alumnos” (Positio, p. 69). Con el



último medio, parece pedir al educador que se adapte a los conocimientos de los jóvenes y que se esfuere por aclarar estas instrucciones a quienes todavía no las dominan.

No podemos considerar la actividad de la enseñanza como algo personal, sino como una misión recibida de Dios: “Se considerarán constituidos por Dios para guardar el tesoro de la inocencia de los niños que les son confiados, y para alejar de sus almas todo lo que podría llevarles al pecado” (Positio, pp. 68-69).

En el primer artículo del capítulo XV de sus Reglas, el Hermano Policarpo habla de la gratuidad de la enseñanza: “Todas las escuelas serán gratuitas; si las casas no están suficientemente dotadas y es necesario recibir retribuciones, éstas serán módicas. Recibiremos siempre tantos niños pobres gratis como sea posible hacerlo sin arruinar la obra” (Positio, p. 88). En una época en que la pobreza de muchas familias era una realidad,

la escolarización gratuita era una importante oportunidad de alfabetización para los más necesitados.

En el duodécimo artículo de este mismo capítulo, decía a los hermanos: “Vuestra conducta debe ser para vuestros alumnos un modelo de piedad, de modestia, de silencio, hablándoles lo más rara y brevemente posible, siempre con gravedad, y de cosas útiles y necesarias” (Positio, p. 90).

En el capítulo XVI, nos habla de la corrección a los alumnos. Para evitar que se instaure un clima represivo y tenso, los castigos debían ser raros y útiles para el progreso de los alumnos: “La vigilancia exacta de los hermanos debe prevenir los abusos y hacer que las penitencias sean muy raras; si deben infligirlas, seguirán las Reglas del libro de la Guía de las escuelas, actuando siempre con moderación y sin ningún movimiento de enfado ni de impaciencia” (Positio, p. 90).

Al final de este mismo capítulo, pedía que se actuara siempre con caridad y mansedumbre: “En todas las correcciones, tendrán mucho cuidado de no hacer nada que se oponga a la caridad y a la mansedumbre cristiana” (Positio, p. 91).

El Hermano Policarpo consideraba el arte de corregir a los alumnos como una tarea que debe hacerse con prudencia, amabilidad y firmeza, sobre todo con los alumnos más débiles, pues se trata de animar y de estimular. Siempre se inspiró en estos principios en su tarea de educar. Aconsejaba a los hermanos: “En cualquier circunstancia, sed dueños de vosotros mismos. Especialmente en vuestras correcciones, actuad de tal manera que los niños puedan ver en vosotros a un padre que solamente castiga a su pesar. Es necesario que comprendan que los amáis siempre, tanto si los recompensáis por su sensatez y sus progresos, como si tenéis que transformar su carácter, corregir sus defectos. Nunca castiguéis por capricho, o en un momento de impetuosidad” (Positio, p. 268).

En su carta del 28 de febrero de 1847 a los hermanos de los Estados Unidos de América, el Hermano Policarpo insistía en lo que ya había escrito en el primer artículo de sus Reglas: “El fin de nuestra congregación es la instrucción religiosa y moral de la juventud: éste es el objetivo hacia el

cual deben tender todos vuestros deseos y todos vuestros esfuerzos; no lo olvidéis nunca” (Positio, p. 309).

Sus biógrafos nos dicen que tenía buenos medios de acción: su firmeza, su benevolencia y su afecto sincero. Esto es lo que dice el hermano director de una escuela: “El Hermano Policarpo tenía el don de hacer mejores a los niños. La sabiduría de sus palabras, su vida edificante y su fe producían en ellos las más felices impresiones. Los niños aman a los que los aman; distinguen pronto a un maestro que se sacrifica, de un mercenario indiferente a sus intereses. Dándose cuenta de que tenían en el Hermano Policarpo a un padre cariñoso y a un amigo fiel, a sus alumnos les gustaba darle pruebas de respeto, de estima y de confianza” (Positio, p. 265).

El Hermano Policarpo no descuidó nada para lograr sus objetivos, y los logró no solamente por su fidelidad a sus deberes, sino también por el buen uso de su firmeza, “sin la cual los esfuerzos de su celo habrían sido a menudo ineficaces” (Positio, p. 266). La experiencia le había enseñado que “la disciplina contribuye poderosamente al éxito del trabajo escolar” (Monseñor Dupanloup, Positio, p. 266). A la acción poderosa y fecunda que el Hermano Policarpo ejercía a su alrededor, se unía la solicitud y la vigilancia “que no le permitía perder de vista a los niños confiados a su cuidado”. Un hermano que le había visto en el trabajo decía: “¡Qué prudentes medidas tomaba para cumplir los deberes de una buena vigilancia! Con un tacto y una calma admirables, quería ver todo y observar todo para impedir el mal y prevenir los accidentes” (Positio, p. 266).

En 1830, el Hermano Policarpo fue enviado a Vals como director de la escuela que los hermanos habían abierto en 1826. Permaneció allí hasta 1837: “Era feliz proporcionando a los niños los beneficios de la educación moral y religiosa. Trabajaba con gozo para ataviar su memoria y su mente con las primeras nociones de la ciencia que se enseñaban en las escuelas primarias. El cuidado constante de mantener despierta la atención de sus alumnos, la emulación, las recompensas dadas oportunamente daban vida a sus enseñanzas, lo que hacía que sus lecciones fueran atractivas y fecundas” (Positio, pp. 266-267).

Para el Hermano Policarpo “la elocuencia de la acción era mucho más persuasiva que la elocuencia de las palabras”. Logró resultados extraordinarios con sus alumnos gracias a la intensidad y a la fascinación de su vida. Decía a menudo a sus hermanos: “Pongamos todos los medios para que nuestras escuelas no estén a menor altura que cualquier otra por la solidez de los estudios y por los éxitos académicos; pero, por encima de todo, tratemos de educar los corazones, enderezar los caracteres, hacer hombres y cristianos” (Positio, p. 396).

Varios testimonios nos muestran también su preocupación por la buena formación de los hermanos. Buscaba proporcionarles los elementos necesarios para que pudieran desarrollar sus aptitudes particulares y contribuir a la buena educación de los alumnos de nuestras escuelas: “Preocupado por la buena formación de los hermanos, buscaba, por todos los medios a su alcance, desarrollar sus aptitudes particulares, con el fin de proporcionarles los elementos necesarios para servir al Instituto con provecho y honor” (Positio, p. 491).

El Hermano Policarpo recomendaba a los hermanos la vigilancia y la amabilidad como buenos medios para cumplir bien su tarea de educadores y recoger buenos frutos. Pero les recordaba también que su trabajo con los niños y los jóvenes debía “apoyarse en la ayuda de la gracia de Dios, que ilumina las mentes, cambia los corazones y fortalece en el camino del bien y de las virtudes” (Positio, p. 397). Dedicar toda la vida a la educación es una misión cuya idea y realización no pueden provenir solamente del hombre. Dios, que da la inspiración, no negará la fuerza ni los medios, si se los pedimos en la oración y si trabajamos con abnegación y amor.

“No educaremos a un niño o a un joven, si no quiere ser educado”. Antes se hablaba mucho de la influencia de la escuela y de la familia en el campo de la educación. Hoy es necesario que los padres de familias y los educadores consideren que los niños y los jóvenes son los principales responsables de su educación. Las enseñanzas que les presentamos son consejos o



El Hno. Policarpo tiene un mensaje para los educadores de hoy. Cuerpo docente del Complejo Escolar Hermano Policarpo en N'Djaména (Chad), inaugurado en enero de 2019

exhortaciones que les proponemos, pero su educación depende de ellos. En el campo de la educación, ha llegado el momento de considerar seriamente que el papel principal pertenece a los niños y a los jóvenes. Ellos son al menos los protagonistas de su educación.

Un buen educador debe estar convencido de la grandeza de su apostolado para poder transmitir los valores humanos y cristianos que necesita nuestro mundo. Con sus clases de Matemáticas, Religión, Historia..., un buen educador debe tener la capacidad y la preocupación de transmitir valores que contribuyan a crear un mundo mejor. En nuestras escuelas y en nuestros colegios hay demasiados educadores desanimados. Creo que sería bueno recordar aquí una breve expresión del Padre Andrés Coindre y otra aún más breve del Hermano Policarpo que parecen querer decir lo mismo: “Los jóvenes que usted educa no olvidarán sus lecciones ni sus virtudes, aunque hoy día no le den demasiadas satisfacciones. Quedará



Los jóvenes son protagonistas de su educación. Encuentro de Monitores de Tiempo Libre Corazonista en España

más de lo que usted piensa” (Extracto de la carta VII del Padre Andrés Coindre al Hermano Borja, mayo de 1823). “No se desanime nunca, ni siquiera cuando sus esfuerzos parezcan dar pocos resultados” (Extracto de una carta del Hermano Policarpo al Hermano David, Positio, p. 398). Si ante las dificultades, el Padre Andrés Coindre aconsejaba “ánimo y confianza”, el Hermano Policarpo pedía “humildad y confianza”.

El buen educador debe buscar la mejor formación religiosa, humana y académica de sus alumnos; debe motivar, animar, acompañar y amar a sus alumnos para que su trabajo dé buenos frutos. Por eso, también tiene sentido rezar con los alumnos para que su trabajo y el de sus educadores produzcan buenos frutos.

En el contexto de una socialización dominada por la tecnología y los medios de comunicación, es necesario proponer experiencias que inciten a desarrollar la reflexión, el espíritu crítico, la creatividad y la búsqueda de la justicia y de la paz dentro de la vida escolar.

La escuela necesita una transformación profunda. Los educadores saben que el futuro está lleno de desafíos. Necesitamos escuchar, acompañar y orientar personalmente a los alumnos, especialmente a los más débiles. Tenemos que procurar que algunos recursos que ofrecen las nuevas tecnologías sean medios que se empleen bien y que no se conviertan en fines. Tenemos que ayudar a los jóvenes a reflexionar para que puedan cambiar su forma de ver la realidad y para que establezcan una jerarquía de valores que pueda orientarles y darles una manera de ser y de vivir su vida con sentido y responsabilidad.

El amor era y sigue siendo el principal mandamiento de Jesucristo y la ley básica de una escuela cristiana. Sin amor, todo proyecto educativo está vacío de su significado más profundo. El amor del Hermano Policarpo por los niños y los jóvenes era generoso. Animado por un gran espíritu de fe, veía en cada uno de sus alumnos un alma redimida por la sangre de Jesucristo. El entusiasmo, la esperanza, la coherencia y el amor del Hermano Policarpo hacia sus alumnos, pueden inspirar a los educadores del siglo XXI a vivir con entusiasmo, esperanza, coherencia y amor para educar a sus alumnos.

Antes de terminar este capítulo sobre “El Hermano Policarpo y el educador”, quisiera recordar las palabras del profeta Daniel que el Padre Andrés Coindre cita en su carta VII al Hermano Borja para animarle: “Los que instruyen a otros brillarán como las estrellas por toda la eternidad”. Estas palabras tal vez animen a un educador desanimado a meditarlas para encontrar una mayor motivación en su misión.

Después de estas reflexiones, podemos preguntarnos sobre la contribución del Hermano Policarpo en el campo de la educación. Indudablemente algunos de los valores humanos y evangélicos que eran válidos y eficaces en su tiempo no podemos proponerlos hoy de la misma forma. Necesitamos redescubrir cuáles son los valores más importantes y eficaces para una buena educación de los niños y de los jóvenes de hoy. El respeto, la tolerancia, la responsabilidad, la honestidad, la fidelidad, la justicia, la fraternidad parecen importantes para seguir trabajando por un mundo más humano y mejor para todos.

4

LA UNIÓN Y EL AMOR FRATERNOS EN EL VENERABLE HERMANO POLICARPO

Lo que el Hermano Policarpo nos dice sobre la unión y el amor en sus cartas circulares y en algunas de sus cartas personales puede servir para una comunidad religiosa, para una comunidad educativa, para una comunidad eclesial, para una familia, e incluso para una sociedad deportiva o de entretenimiento. En el mundo de hoy, el amor y la unidad están permanentemente amenazados. Las distintas comunidades de las que acabamos de hablar pueden romperse si no nos comunicamos bien, si no somos capaces de superar nuestros roces, si nos refugiamos detrás de nuestros prejuicios.



*La unión fraterna era esencial para el
Hno. Policarpo. Hermanos de Filipinas crecen en
comunión gracias al retiro espiritual anual*

El Hermano Policarpo decía que el amor se manifiesta en obras cuyo objeto es el bien de nuestro prójimo y la gloria de Dios: “No hagamos consistir nuestro amor en palabras y palabras. Si tenemos un amor verdadero, manifestémoslo con las obras. El amor de Dios no puede permanecer ocioso; si existe, realiza grandes cosas; si no produce nada, es que no existe” (Positio, p. 394).

Los que conocieron al Hermano Policarpo se acordaban de “su entrega sin límites y su ingeniosa caridad, siempre dispuesta a hacer favores” (Positio, p. 410). Manifestaba a los alumnos y a los hermanos la bondad y la compasión “que inspiran y alimentan el amor”. Gracias a su buen ejemplo y a su influencia, el amor y la unión crecían en las comunidades de los hermanos a pesar de la diversidad de los temperamentos. Con sus palabras y sobre todo con su manera de actuar, mostraba que “sin caridad, sin amor no hay paz ni felicidad”. Decía a los hermanos: “No tengáis más que un corazón y un alma; así seréis felices, incluso en vuestras diversas tribulaciones, y saborearéis el encanto y las delicias de la vida religiosa” (Positio, p. 412).

En su carta circular del 1 de enero de 1844, recomendaba a los hermanos el amor y la unión de sentimientos: “La caridad es el don que nunca dejaré de pedir para todos nosotros. La caridad es la virtud indispensable para cualquier congregación” (Positio, p. 413). Y añadía: “¿Queréis saber cuáles deben ser los principales caracteres de vuestra caridad para que produzca entre nosotros la verdadera unión fraterna? San Pablo os lo enseñará: La caridad, decía, es paciente, es benévola, no es envidiosa, no se irrita, no busca su interés particular (1 Cor 13, 4-5). Los dos primeros caracteres son de una gran importancia para preservar la unión. Sí, tenemos que sufrir con paciencia los defectos de todos, especialmente los de los hermanos con los que tenemos la suerte de vivir en comunidad. Todos estamos llenos de defectos, todos proporcionamos bastantes motivos de paciencia a nuestro prójimo. Por otro lado, somos muy débiles: necesitamos que nos ayuden y que nos aguanten. Que nuestra caridad favorezca entre nosotros una igualdad perfecta de intenciones y de sentimientos que contribuirá mucho a fortalecer y a mantener la unión fraterna. ¡Cuántas cosas podría deciros aún sobre tan interesante tema! Abrevio y termino recomendándoos estas

preciosas virtudes, la caridad y la unión que nos harán fuertes contra el enemigo del bien” (Positio, pp. 415-416).

En su circular del 12 de enero de 1848, el Hermano Policarpo quería dar a conocer a los hermanos los elementos esenciales de la vida religiosa para que pudieran tenerlos presentes en los compromisos de su vida comunitaria y de su vida apostólica. Hablando del sexto elemento de la vida religiosa, vuelve al tema de la unión entre los hermanos y sobre todo de los que viven en la misma comunidad: “El sexto elemento de la vida religiosa es la unión con todos los miembros del Instituto y especialmente con los que vivís en la misma casa. Sin esta unión es imposible hacer el bien. Con esta unión se puede hacer con menos trabajo un mayor bien porque la unión hace la fuerza. Una casa donde reina esta unión es una imagen del cielo donde reina la más perfecta unión. Por el contrario, una casa en la que falta esta unión es una imagen del infierno en el que reina siempre una perpetua desunión” (Positio, p. 176).

El Hermano Policarpo escribió varias cartas a los hermanos que estaban en los Estados Unidos de América. Cito algunos párrafos que les dirigió sobre el amor y la unión: “Vivid siempre en un perfecto entendimiento, en una estrecha unión. Tened entre vosotros un verdadero amor y los sentimientos de la caridad que es el lazo de unión de toda perfección” (Positio, p. 460). “Que el amor de Dios, el celo por la salvación de los niños y la unión entre vosotros crezcan siempre en vuestra casa: así será una casa de paz y de felicidad digna de todas las bendiciones del cielo” (Positio, p. 461). “No podéis hacer el bien mientras no exista entre vosotros la más íntima unión y el más perfecto acuerdo. Con alegría he sabido que esta unión y este acuerdo no dejan nada que desear en la casa de Mobile. Que el Dios de toda bondad los conserve ahí por siempre” (Positio, p. 465). “Termino, mis buenos y queridos hermanos, recomendándoos la unión y la caridad. Sí, vivid de manera que vuestra pequeña comunidad parezca estar compuesta de una sola persona” (Positio, p. 467).

Después de haber tomado conciencia de los buenos consejos del Hermano Policarpo sobre el amor y la unión, podemos pensar que mientras los escribía, tenía presente en su mente y en su corazón el consejo del Padre

Andrés Coindre al Hermano Borja en su carta del 10 de enero de 1822: “Que los hermanos estén muy unidos entre sí; que sean santos. La mayor desgracia sería la desunión” (Andrés Coindre, Escritos y documentos 1, Cartas, pp. 60-61).

Sabemos que en una comunidad religiosa, educativa o en cualquier comunidad, la unión tropieza con nuestro carácter, nuestro egoísmo innato, nuestros prejuicios, nuestras provocaciones, nuestras confrontaciones inútiles, pero nuestra voluntad juega un papel importante en todo este asunto. La buena voluntad puede allanar muchas dificultades en la búsqueda de la unidad. Se podría decir que la unión es ante todo un asunto de voluntad que requiere concesiones y sacrificios para mantenerse y crecer. “A menudo será necesario hacer abstracción de nuestras ideas y de nuestras preferencias por el bien general”. El papel de nuestra voluntad consistirá en subordinar el interés individual al bien común y hacer todas las renunciaciones necesarias para llegar a un buen entendimiento entre todos. La unión es para cualquier comunidad la garantía de su fuerza y de su prosperidad. El sentido común nos dice desde hace mucho tiempo: “La unión hace la fuerza”.

En cierto modo, la originalidad del Hermano Policarpo en muchas de sus circulares y de sus cartas personales está en que logra aliar el amor y la unión para poner de manifiesto su influencia recíproca y su complementariedad. En el mundo en que vivimos, los esfuerzos por la unidad pueden y deben conducirnos al amor, a la justicia, a la erradicación de la pobreza, a la paz. No olvidemos la sentencia que oímos de cuando en cuando: “No hay paz sin justicia”. No olvidemos que la paz y la justicia están por ganar en nuestras diferentes comunidades y en nuestra sociedad. No olvidemos que solamente el amor salva y que solamente el amor nos salvará. No olvidemos la oración para que nuestros esfuerzos produzcan los mejores frutos de fraternidad, de justicia y de paz para toda la humanidad.

El respeto mutuo, la cortesía, la amabilidad, la servicialidad, el perdón de las ofensas, sufrir con paciencia los defectos de los demás son gestos y hechos esenciales en una comunidad religiosa, en una comunidad educativa..., porque previenen los roces, suscitan la simpatía, hacen las

relaciones más fáciles y más cordiales y crean una atmósfera de confianza y de afecto muy favorables para el buen entendimiento y la unión.

Hacer de la comunidad educativa “una escuela de comunión” no es fácil; es un camino lleno de obstáculos. Pero lo que hace realmente eficaz el testimonio de los educadores, es la promoción de la “espiritualidad de la comunión” dentro de la comunidad educativa, y la capacidad de estar atento a los compañeros en la misión y a los alumnos, especialmente a los más necesitados. Esta “espiritualidad de la comunión” debe convertirse en la respiración de la comunidad educativa y el punto de referencia esencial para la puesta en práctica de una misión verdaderamente compartida. Para llevar a cabo esta tarea, será necesario crear ocasiones de encuentro para orar, dialogar, acoger, dar y recibir.

Lo esencial de la misión de una comunidad religiosa y de una comunidad educativa no está tanto en el hacer, como en el ser. “Si una comunidad religiosa o una comunidad educativa vive la unidad, se convierte en lugar de encuentro de todos y para todos”. La unidad lleva a la fraternidad y “es como un faro que ilumina” la vida de otras muchas personas, a pesar de las limitaciones que siempre nos acompañan.

Decía al comienzo de este trabajo que me gustaría sobre todo dejar hablar al Hermano Policarpo, citar sus propias palabras, porque son sus palabras las que expresan sus ideas, sus sentimientos, sus aspiraciones. Éste era uno de mis principales objetivos. En el “corazón” de sus palabras aparecen su bondad, su amabilidad, los rasgos de su espiritualidad, su fidelidad, su preocupación por la buena educación de los niños y de los jóvenes, su espíritu de unión, su amor.

El Hermano Adrián, tres meses después de haber sido elegido sucesor del Hermano Policarpo como Superior general, escribió una carta circular a todos los hermanos de la congregación. Cito uno de sus párrafos: “Me complace manifestar, mis queridos hermanos, que la religiosa resignación con la que habéis aceptado la inmensa pérdida del Hermano Policarpo ha sido tan admirable como edificante. Todo lo que ha sucedido demuestra que nuestra querida congregación posee muy buenos elementos y que no



debemos descuidar nada para conservar entre nosotros esta unión, esta entrega, esta caridad, este entendimiento perfecto” (Positio, p. 210).

Como el Hermano Policarpo, estamos llamados a recuperar el deseo de dar testimonio de amor y de unidad en nuestra comunidad y en nuestro trabajo de educadores de los niños y de los jóvenes. En las dificultades que encontró a lo largo de su vida, no se perdió en lamentaciones, reaccionó con optimismo, se apoyó en Dios y se inspiró en la acción del Padre Andrés Coindre. Comprendió que Dios no nos deja solos en nuestros problemas, sufrimientos y desafíos, sino que quiere construir con nosotros un mundo más humano. Oyó la llamada a la esperanza y vio que era posible modificar el trayecto de nuestra congregación y la manera de estar en medio de los niños y de los jóvenes. Nuestra admiración y nuestro agradecimiento al Venerable Hermano Policarpo.

Sus biógrafos decían en su conclusión: “Que los hermosos ejemplos de virtud y de perfección que nos habéis dejado como un legado de vuestro

amor, nos enseñen a tener paciencia en la adversidad, valentía heroica que lucha y triunfa. Que la sabiduría de vuestras lecciones sea para nosotros un bálsamo saludable, un elemento de fuerza y de santas energías” (Positio, p. 469).

Como conclusión, me gustaría recordar una idea sobre el Venerable Hermano Policarpo y la Virgen María. En 1833, escribía en su cuaderno de Resoluciones: “Tendré siempre una gran devoción a la Virgen María” (Positio, p. 442). La había elegido como su patrona, su refugio y su guía, pero le gustaba especialmente contemplarla en los diversos misterios en que aparece con Jesús, cooperando en la obra de la redención. Su fe y su amor le inspiraron esta hermosa oración: “Me ofrezco a ti, ¡oh Virgen santísima!, para llevar al divino Niño: déjalo en mis brazos para que comparta tu solicitud y tus maternales alegrías. Dígnate obtenerme, ¡oh María!, la gracia de tenerlo siempre presente en mi corazón” (Positio, p. 443).

Que nuestra fe y nuestro amor nos inspiren las mejores disposiciones para ser fieles a nuestros compromisos. Que nuestra fe y nuestro amor nos impulsen a trabajar con entusiasmo por el bien de los niños, de los jóvenes y de nuestra sociedad.

QUE EL VENERABLE HERMANO POLICARPO INTERCEDA ANTE DIOS
PARA QUE EN LOS MOMENTOS DIFÍCILES DE NUESTRA VIDA PODAMOS
RECUPERAR EL OPTIMISMO Y LA ESPERANZA.

PRINCIPALES FECHAS DE LA VIDA DEL HERMANO POLICARPO

Juan Hipólito Gondre (1801-1859)

1801	21 de agosto: Nace en La Motte-en-Champsaur, Altos Alpes, Francia.
1822	9 de octubre: Obtiene el diploma de Maestro de primaria.
1822-1827	Maestro en la escuela pública de La Motte-en-Champsaur.
1827	16 de septiembre: Toma de hábito con el nombre de Hermano Policarpo.
1827-1828	Primer año de noviciado.
1828-1829	Segundo año de noviciado y Maestro de novicios.
1829	21 de septiembre: Hace la primera profesión que es al mismo tiempo su profesión la perpetua.
1830-1837	Director de la escuela de Vals-près-Le Puy.
1837-1839	Maestro de novicios.
1839-1841	Director del internado de Paradis, cerca de Le Puy-en-Velay.
1841	13 de septiembre: Es elegido Superior general para cinco años.
1846	10 de septiembre: Es elegido Superior general vitalicio.

- 1851 19 de junio: Obtiene el reconocimiento legal de la congregación para toda Francia.
- 1859 9 de enero: Muere en Paradis a los 57 años de edad.
- 1984 17 de febrero: Es declarado Venerable por el Papa Juan Pablo II.



EL AUTOR: HNO. JESÚS ORTIGOSA

El Hermano Jesús Ortigosa nació en 1949 en Armañanzas (Navarra), España. A los 13 años ingresó en el Juniorado de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. A los 18 años hizo su primera profesión religiosa. En 1973, a los 24 años, hizo su profesión perpetua.

Desde 1970 ejerció su apostolado como profesor de lenguas, música y religión. Tras su Licenciatura en Filosofía y Letras, especialidad en Filología francesa (1978), estuvo en varios colegios corazonistas de España como profesor de francés.

De 1987 a 1991 compaginó su tarea de profesor de francés con sus estudios de teología. De 1991 a 1996 fue delegado provincial de pastoral vocacional.

De 1996 a 2010 trabajó en el equipo del Centro Internacional Andrés Coindre de Lyon (Francia), realizó investigaciones y trabajos sobre el Padre André Coindre y los orígenes de la congregación y colaboró activamente en el desarrollo de las sesiones de formación.

Desde 2010 alterna su apoyo en diversas tareas en el colegio de Madrid con su trabajo de traductor en Roma y su colaboración en la animación de algunas sesiones de formación.

PUBLICACIONES PREPARATORIAS DEL BICENTENARIO

Etapas	Cuaderno	Tema	Autor	Fecha de publicación
I. Mirar al pasado con gratitud	1	El P. Andrés Coindre	Hno. René Sanctorum (Francia)	30 de septiembre de 2018
	2	El Vble. Hno. Policarpo	Hno. Jesús Ortigosa (España)	30 de abril de 2019
II. Vivir el presente con pasión	3	Espiritualidad del Corazón de Jesús	Hno. Bernard Couvillion (EEUU)	30 de septiembre de 2019
	4	Pedagogía de la confianza	Hno. Stéphane-Léon Sané (Senegal)	30 de abril de 2020
III. Abrazar el futuro con esperanza	5	El hermano del Sagrado Corazón en el futuro	Hno. Jean-Paul Valle (Colombia)	30 de septiembre de 2020
	6	El carisma compartido	D. John Devlin (EEUU)	30 de abril de 2021

ÍNDICE

Introducción	3
1. Vida del Venerable Hermano Policarpo	5
2. El Hermano Policarpo y su fidelidad al carisma de fundación de A. Coindre	25
3. El Hermano Policarpo y el educador	37
4. La unión y el amor fraternos en el Hermano Policarpo	47
Principales fechas de la vida del Hermano Policarpo ..	55
El autor: Hno. Jesús Ortigosa.....	57
Publicaciones preparatorias del bicentenario.....	59



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CASA GENERAL
PIAZZA DEL SACRO CUORE, 3
00151 ROMA ITALIA

WEBCORJESU.ORG